

Antorchas

In memoriam.

Ramón, no podrás leer este escrito, pero sin duda que, más de una vez, habrás recordado aquella mañana en la que yo, mucho antes de alborear, aporreé tu ventana para espabilarte. Qué brinco no darías que en nada ya estabas a mi lado.

Se nos había metido en la cabeza que las mañanas de noviembre eran más frías que las de diciembre; de ahí que todos los años dejáramos pasar el día de san Silvestre para lanzarnos a nuestro acopio de gamonitas. Sin embargo, ese año no sirvió; se presentó un amanecer de lo más frío; un frío que, en verdad, dejarían heladas nuestras orejas y ateridos nuestros dedos de las manos y de los pies; así que, después de un calentón en el horno de tu casa, echamos mano de pasamontañas, de guantes de lana y botas de cuero. Llegamos al gamonal de costumbre, muy cerca de donde se levanta hoy la ermita del Santo, con rollos de tomizas para amarrar haces y algunos cuscurros para cuando empezaran a sonar las tripas. De regreso, apechugando con nuestras cargas a hombros, me admiraban tus pasos largos, firmes y seguros, como me admiraba, también, tu charla viva, aguda e ingeniosa. Al llegar al pueblo, dimos un rodeo para evitar la posible pelusa de algunos que nos pudieran ver. Los días siguientes nos juntábamos los dos para ir formando, gamón a gamón, nuestras antorchas. Tuvimos que esperar y pasar nervios, pero la Purísima llegó ¡Cómo nuestras antorchas trocaban la noche en día!, ¡cómo dejaban en cada esquina cientos de estrellas fugaces!, ¡cuántos chisporroteos incandescentes!, era todo un poema escrito en la madrugada con briznas de oro; luces y sombras; albas y ocasos; y allá en la torre, asustada, la lechuza.